

III

SON las diez de la mañana y César está acostado aún. El cuarto, sin cielo raso, en el altillo, con el techo de zinc, tiene un aire caliente, sofocante, que agrava el malestar del escritor. La habitación es grande y destartalada. Unas cuantas tablas, con una cortina de cretona, hacen las veces de armario. Varias guayaberas y un vestido blanco en los colgadores. Una caja grande de cartón, que fué de cigarrillos, sirve para guardar la ropa sucia. Escobas inservibles, palos sin uso, un rollo de alambre oxidado, un trapeador, dos cubos y maletas viejas. En el centro, una mesa con una máquina de escribir. Papeles por el suelo, paquetes de cigarrillos, fósforos, un cenicero, varios lápices.

César tiene dolor de cabeza. Anoche bebió ron con soda dulce y eso le hace daño siempre. Cuando salió del periódico y llegó al café se encontró con Tallín y con Don Chú y fueron a cenar *chow-mein*. Y allí, en el restaurante del chino estaban otros periodistas, y la tertulia se alargó con tragos casi hasta el amanecer.

Ahora César se siente muy mal. En el estómago se insinúa la náusea con intermitencias y la cabeza le duele como si algo le oprimiera las sienes desde adentro. Pero, su dolor moral es mayor. Allí está la novela. Dos semanas, tres, sin escribir una línea.

Del cajón de la mesa saca las cuartillas que guarda siempre dentro de un forro de cartulina y las ojea con ternura. ¿Cuántas son? Veintisiete. Veintisiete cuartillas. César aproxima un taburete y se sienta dispuesto a la lectura una vez más. Instintivamente coge un lápiz; pero lo deja en seguida. Tachar es muy fácil; demasiado fácil y hay ya muchas enmiendas. No. No son veintisiete. Son menos. Con las correcciones y las tachaduras, tal vez veinticinco. O treinta, porque algunas cosas se pueden ampliar. Si no le doliera la cabeza otra vez, podría hacerlo ahora. Si no le doliera la cabeza, y no hubiera tanto calor. Tiene que bañar-

se, tiene que desayunar y tiene que ir al trabajo. Después del baño se sentirá mejor, y en la Redacción podrá hacer alguna cosa; escribir varias cuartillas nuevas. Mejor sería poner en limpio lo que tiene escrito. A veces, es conveniente hacerlo así, pues al dejarse caer por la pendiente de lo ya logrado se cobra nuevo impulso. Y hace casi un mes que no escribe nada en la novela, aunque piensa en ella siempre. Algunos personajes han crecido en su interior; han madurado, y han logrado adquirir nuevos perfiles. Es bueno esperar. Una novela no puede hacerse así, seguido, como se cumple la tarea de un oficio, como una nota periódica. Pero al abandonarla mucho tiempo, la trama se diluye y el argumento se evapora. Hay que escribir; hay que escribir...

Debajo de la regadera César siente un gran alivio y formula serias decisiones. Pasará la tarde en el periódico y se quedará allá de noche. Comerá solo, cualquier cosa, y volverá a trabajar. Veintisiete cuartillas es nada; casi nada. Han de ser muchas más. Sí. Se quedará de noche ante la máquina, con sus personajes, trabajando en ellos, en lugar de andar por ahí hablando pura pendejada...

La señora Obdulia, la patrona, le ha puesto el desayuno. Un huevo frito, una micha de pan y café, con queso de Chitré. Un queso blanco muy sabroso. César se alza optimista. El dolor de cabeza ha remitido y ahora, con dos aspirinas, llegará a sentirse bien. Ha tomado ya una decisión. Irá al periódico y, después de su labor diaria, revisará las cuartillas, solo, ya en la Redacción y podrá escribir, lo menos, veinte páginas. Hay que ordenar bien los pensamientos; pensar también en la técnica; desarrollar con cuidado aquella sutil trama de acuerdo con un plan. Va a ser una novela... pero hay que hacerla. Algo le crece a César en el pecho. La náusea ha desaparecido. Es el baño, el desayuno y la determinación de trabajar. Mañana, aunque se acueste tarde, se podrá sentir muy bien al ver que las cuartillas llegan a cuarenta... o a cincuenta.

César sube al cuarto y busca el forro de cartulina, que por un momento le parece una mortaja; la envoltura de un cadáver. ¿Logrará resucitar aquellos personajes? Sí. La duda es mala. Si pudo escribir veintisiete cuartillas, si pudo hacerlo un día, también puede seguir. Aunque no es fácil escribir, y sobre todo con tanto calor; los tragos, los amigos, el periód-

co... Hay quien dice que el arte es producto del dolor. Mentira. El arte es producto de la ociosidad, del bienestar, de la falta de preocupaciones e inquietudes. Claro que...

Las cuartillas vuelven al cajón. César reflexiona. En el periódico no podrá hacer nada. Las máquinas de escribir son viejas; las cintas gastadas. Y siempre hay gente. Cuando se han marchado todos, quedan los de los avisos dando vueltas por allí; los empleados de la limpieza; el ruido de las prensas; el golpe seco de las guillotinas; el chirrido de las cortadoras y el olor a tinta. No. Lo que hará es volver muy pronto. Después de comer, y allí, en el cuarto, con tranquilidad y buena luz, podrá seguir escribiendo. Además que, en la noche, ya no molesta el calor.

Las cuartillas vuelven al cajón, por eso. César ya está en la calle. Un sol cegador que revienta en el cemento, y muchos automóviles.

Un autobús verde se acerca ruidoso y bamboleante. César espera que bajen dos pasajeros y sube con un real en la mano. Las barras de la entrada giran y César se acomoda al lado de una joven. ¿Quién será? César la examina un rato. El perfil es ordinario, algo cha-

to, y la ropa humilde. El pelo cholo y deslucido y la piel con barro de adolescencia. ¿Cómo será su nombre? ¿Dónde vivirá? La imaginación de César empieza a funcionar; pero es sólo un instante.

—Parada. Permiso...

La chola se baja y sube un niño gordo. Detrás del niño, una muchacha. El niño se sienta en la primera fila y César se aparta para ofrecer sitio a la joven. El motor lanza un rugido y el autobús parte velozmente para no ser alcanzado por otro que le sigue cerca. La joven pierde un poco el equilibrio y César la sostiene.

—Gracias.

La joven sonrío y César también. Pero acaba de percibir un perfume que le evoca recuerdos ingratos y se abisma en ellos. Silvia. Así olía Silvia la última vez que estuvieron juntos; la última vez que la besó en un carro, una noche en el jardín Balboa. Ahora está en Italia y no sabe nada de ella. Lo único que sabe con certeza es que su recuerdo le duele todavía. Los dientes blancos y los ojos azules; azules o verdes, como el agua del mar; como el remanso de un río donde hay reflejos de sol y

ramas tiernas. Así olía Silvia la primera vez también. Fué en la tienda de su hermano Mario. Acababa de llegar de Italia; de Florencia, y hablaba muy mal español. Era muy joven y se entusiasmaba con todas las cosas. Con las frutas tropicales, con los árboles desconocidos y hasta con los negros. Había visto negros en Italia durante la guerra. Negros gringos y negros franceses. Negros del Senegal; negros muy negros, con unas cicatrices en la cara, como adorno, y unos gorros rojos. Soldados hindúes, australianos y franceses. Era de Florencia, y se llamaba Silvia, rubia y alta, como una espiga madura. Contaba pocas cosas de la guerra, que pasó muy pronto, como un vendabal de fuego y ruinas. Mario la trajo con su hermano pequeño y muy pronto empezaron a trabajar los dos en aquella joyería de cosas baratas. Allí estaba una mañana, un poco asustada. César le ofreció un cigarrillo y casi le quema los dedos por mirar sus ojos. Un día supo que se casaba con un gringo, un gringo de la Zona, porque los gringos se casan así, de pronto. Después volvió a verla muchas veces. En la playa de Taboga, en los jardines de cerveza, en la calle, y después en una casa; en una casa cualquiera. Nació un niño muy rubio y el gringo se divorció. Silvia volvió pa-

ra Italia dejándole una herida grande. Y Silvia olía siempre lo mismo, como la muchacha que César tiene sentada al lado en el autobús. Podría preguntarle el nombre del perfume, pero no se atreve. Si lo supiera, compraría un frasco para olerlo y recordar mejor a Silvia. ¿Por qué le duele Silvia aún? ¿Y Celia? Celia es diferente. Celia también está casada con un gringo; pero Celia tiene el pelo negro y los ojos negros y la piel trigueña. Celia es fiel, aunque cambia mucho de perfume. Y Silvia no lo era. Silvia era cruel, éfnica y dulce. ¿Cómo sería, al fin, la Celia de su libro? No lo sabe todavía. Ni siquiera sabe el nombre. Pero lo sabrá pronto. Esas cosas se definen solas cuando se empieza a escribir. Es inútil trazar planes. Una novela no es un edificio, ni un informe de carácter técnico. Una novela, como un cuadro, como una melodía, es siempre resultado de la improvisación. Por eso hay que escribir seguido y rápido. Las ideas se suceden, se mezclan, se destruyen. Por eso lo que se ha dejado escrito mucho tiempo...

César vuelve a sentir alarma por aquellas cuartillas que quedan allá, en el cajón. Si ya no le sirvieran, si tuviera que romperlas, no

podría comenzar de nuevo. No. No podría. Sólo tiene fuerzas para continuar lo comenzado, hasta escribir trescientas, cuatrocientas...

—¡Parada!

La joven perfumada se agita en su asiento y la fragancia aumenta. César se da cuenta de que también debe bajar. Ya en la acera se detiene a ver marchar a la desconocida. Un hombre, desde un carro, la saluda.

—¿Qué hubo, Herminia? ¿Qué tal?

César se fija en la cartera blanca que golpea la cadera. Una cadera redonda, firme, suave, oprimida por una falda azul, y el cabello suelto, flotando en la mañana cálida, tan llena de sol. Se llama Herminia. Además de la cartera llevaba unas libretas de la rifa del Santuario. El dinero es el dinero, y hasta para hacer un Santuario hace falta plata. Rifas, ferias; lo que sea. Y Herminia debe vender muchos boletos. A doce balboas, a plazos y por club. Todo para el Santuario, menos el diez por ciento de comisión.

* *

Instalado ante su mesa del periódico, César tiene que escribir una noticia acerca de la

fiebre aftosa, del peligro que corre la ganadería, y de un accidente ocurrido en la trasístmica. Lo hace pronto y lo hace bien. Quiere terminar en seguida para consagrarse a la novela. Quiere que los linotipistas concluyan su tarea; que se cambien de ropa y que se vayan. Quiere que el viejo de la estereotipia arregle pronto sus cartones; que se lleven los rodillos a la prensa y que tiren el periódico, mientras el plomo enfría y se enduerece en los crisoles esperando las noticias de mañana, que serán las mismas de hoy.

Ya está. Ya se está quedando solo. Ahora puede trabajar. La máquina tiene cinta nueva y a su lado se levanta una gran pila de cuartillas. El asiento es confortable y hay un abanico cerca. ¿Por qué no empieza?

César oye varias voces. Algunos deportistas discuten los pronósticos de la serie mundial

—Qué va... Los "yankis"...

—... la batería de "Los Cardenales".

—... van a ver los "Dodgers"...

César se ha puesto nervioso. No podrá hacer nada. El teléfono acaba de sonar y una voz femenina pregunta por un corrector de

pruebas. Por la puerta trasera ha entrado el cholo aseador, que empieza a mover cosas y a mojar el piso de mosaicos con un líquido desinfectante. La cuartilla, en la máquina, espera inútilmente. ¿Por dónde ha de empezar...? ¿Dónde había quedado...? Si hubiera traído lo que tiene escrito...

Lo mejor es volver. Comerá cerca alguna cosa, porque tiene hambre y allá, en casa, podrá trabajar. Sí. Es mejor volver. Necesita leer otra vez aquellas páginas y, además, tiene pocos cigarrillos.

Algunos de los redactores conversan en el zaguán. En la calle, los muchachos se aglomeran esperando los paquetes.

—¿Vienes con nosotros...?

—¿A dónde?

—Donde Fico. ¿No te dijeron? Cumple años, o algo así. Tiene una lechona, y arroz y un barril.

—No puedo.

—¿Y esa vaina...?

—Tengo que hacer... No sabía...

—Hay arroz con gallina también, y tamales. Nos dijo a todos que avisáramos...

—¿Cuándo van...?

—Ahora mismo. ¿Vienes?

Al decir que sí, César siente una amargura honda. La gallina, los tamales, la lechona y la cerveza... Podrá quedarse un rato; un rato nada más y luego, muy temprano, volverá a escribir. Esta noche tiene que hacer algo. Aquellas cuartillas no pueden seguir solas más tiempo. Necesita convencerse, además, de que puede hacerlo... Pero, en todo caso, mañana...

—Vamos, pues.

En el destartado automóvil que lo conduce a la fiesta, César sufre los efectos de un remordimiento prematuro. Sabe que se quedará hasta que se vaya el último invitado; sabe que se embriagará y sabe que, como siempre, se acostará al filo de la madrugada. Y sabe también que aquella novela tendrá que esperar. Acaso su vida no es más que una serie de continuas frustraciones. Los estudios iniciados, y un día interrumpidos. ¿Por qué? Hay muchos pretextos, lo que indica que no hay ninguna

justificación. La muerte de la madre... No fué eso. ¿Y el matrimonio con Alicia? Otro fracaso. ¿Por qué? ¿Por qué se casó con ella? César era un hombre popular entonces. Alegre, desbordaba ingenio y hacía frases bonitas, con dinero en abundancia y buen empleo en el Gobierno. Entonces también tenía pelo, y la vieja cicatriz sobre la ceja, recuerdo de la infancia, allá en Los Santos, le daba cierto aspecto heroico. Pero, ahí acababa César para Alicia. Agotadas las frases mordaces y los chistes fáciles, Alicia no acertaba a ver ninguna perspectiva en su marido. No podía entender nunca sus silencios taciturnos en la intimidad; sus noches insomnes escribiendo hasta el amanecer; sus vigiliadas prolongadas con un libro en la mano. Alicia quería tener un marido como las demás mujeres, y tenía en casa un hombre absurdo que gastaba en libros un dinero que estaría mejor en trajes. César se aburría también y la dejó marchar sin tratar de detenerla con una palabra. Estaba cansado de aquella charla continua, insustancial; de aquella preocupación pueril por los vestidos y por los comentarios de algunas amigas. La dejó marchar, simplemente, sin alegría ni pesadumbre. Después conoció a Silvia. Una mujer extraña, diferente, con siglos de experiencia y un cinis-

mo frío, a veces, y otras con reflejos de conmovedora ternura. La perdió, sin que hubiera sido suya, de verdad, dejándole en el alma una huella dolorosa y honda. Luego, más mujeres; muchas. Mujeres de unos días, de unas horas. Mujeres que son apenas un nombre, una sonrisa, y, a veces, ni eso. Y luego, Celia. Equilibrio, bondad, inteligencia sana. Celia también trabaja en el periódico. Redacta anuncios y hace noticias sociales. Y, de vez en cuando, escribe cuentos. Unos cuentos cortos muy sencillos, claros y optimistas. Pero Celia está casada, y tiene una lógica que nada puede destruir. Es fiel. Afortunadamente fiel a sí misma; a sus hijos; al marido. Celia es una gran compañera, que comprende lo que César siente. Y lo anima y lo estimula con mentiras en las que ya nadie cree. Muchas veces le pregunta por el libro, como si fuera una dolencia antigua. ¿Por qué dirá esas cosas Celia?

El auto ha quedado detenido en medio de la calle, en una larga hilera. Dos niños se acercan a las ventanillas, jadeantes, agitados.

—“Panamérica”, “Nación”, “País”...

Alguien alarga unos reales y una mano infantil los arrebató. Dentro del carro caen tres periódicos con olor a tinta fresca.

—¿Y esa gana...?

—Para ver qué dicen...

—La misma vaina...

—La misma, dicha de otro modo. Hay que comprar periódicos también.

El carro sigue avanzando por la avenida. Alguien hace comentarios al pasar por Cristo Rey.

—¿Viste la tienda que pusieron esos curas...?

—¡Ajo... sí!

César se siente deprimido. Se arrepiente de estar dentro del automóvil y la irreverente glosa le molesta. Uno de los niños que se acercaron a ofrecer periódicos llega todas las mañanas al "Caribe" vendiendo "La Estrella". Y ese niño le recuerda sus tertulias sin sentido, sus noches vacías, sus propósitos inútiles. Silvia... Celia... La joven del bus... ¿Herminia? Muy lejos, en la niebla, Alicia. Celia... con sus ojos grandes, limpios, de mirada buena.

—¿Qué mujeres tendrá Fico...?

—Ya verás. El sabe de eso.

—¿Estará la fula aquella...?

—¿Cuál...?

—Aquella que tenía en La Venta...

—No creo. Eso tan bueno lo guarda para él solo. Palo de hembra.

—¿Quién será...?

—Anda por ahí... No sé... Pero creo que es amiga del viejo Metall. Trabaja para él.

—Y... entonces...

—No seas tan pendejo...

Por la carretera de Las Sabanas el carro avanza rápido. La ciudad se abre para respirar y hay como una fuga hacia el espacio abierto. Pero otros muchos regresan a las luces, que ya empiezan a encenderse. Ahora, el pavimento es desigual. Una curva, otra y otra más. Subir, bajar... Ya se oyen voces.

—Aquí es la cosa.

El saludo es con un vaso de jaibol.

—Llegan a tiempo. Aquí están las chicas. Vamos, que están aburridas...

Al lado de una columna, César ve reír a una muchacha. Pero es una risa triste, una risa profesional, amarga, mala.

—¿Conoces a Tina? ¿De Nicaragua, verdad? ¿De dónde me dijiste? ¿De Matagalpa...?

—No; de Granada.

—¿Amiga de Tacho...?

—Dejen a Tacho tranquilo, que él no se mete con ustedes.

A César le entristece el cuadro y decide marchar para su casa. Se le acercan con un plato de arroz. El plato es de cartón áspero, con los bordes rizados, algo así como papel secante. La cuchara, una cuchara diminuta, es de madera. En el plato, revuelto, hay ceviche, arroz y un trozo de lechona asada. César come, y bebe un sorbo. Tina se le acerca.

—¿No hablas?

—¿Qué quieres que diga?

—Algo... ¿Tú y yo nos conocemos, verdad?

—Sí. Creo que sí.

—Ahora que me acuerdo... Sí... Ya sé... Tú siempre estás callado... y algo triste. ¿Estás enfermo?

—No, Tina. No estoy enfermo. ¿Lo estás tú?

—¿Yo...? No. Yo, no.

—¿Estás segura...?

—¡No me metas miedo! ¡Qué cosas hablas! ¿Por qué voy a estar enferma? ¿Qué te estás imaginando?

—Nada, Tina. No me imagino nada. Es que creo que... no estás bien. Nadie está bien. Para estar bien, hay que estar contento. ¿Estás contenta tú, Tina? ¿Realmente contenta?

—Pchs... No lo sé. No pienso en ello. Sí... Aquí se está bien.

—No, Tina. Aquí no se está bien. No se puede estar bien, porque hay gente... mucha gente... disfrazada. Disfrazada, como siempre. Aquí debía oler a árboles nuevos y escucharse el murmullo del agua. Y se oye el ruido de la gente; el más odioso. Es el eco de la mentira, de la avaricia y de la envidia. El eco de todo lo feo, y ruín y malo, porque el hombre ya no es hombre; ya no es nada. Somos todos viejos fantoches con la cuerda rota, y por eso las estrellas no nos quieren. ¿Ves

tú alguna? ¿La ves, de verdad, dentro de ti, que es donde deben estar siempre las estrellas...?

—No te entiendo. No te entiendo... nada, Debes estar jumado, o un poco loco.

—Tal vez tengas razón. En cambio tú... Tú debes de ser siempre feliz. ¿Verdad? Tú no podrás volverte loca nunca. ¿No es cierto, Tina?

—¡Qué preguntas haces! Sí. Yo estoy contenta... Bueno; antes, era mejor... Yo era artista, y mi marido...

—Tina... Tú nunca fuiste artista. No digas eso. No blasfemes. ¡Artista...! ¿Tú sabes lo que es eso...? ¿Artista?

—Yo... bailaba y cantaba...

—Sí, Tina... Ya lo sé... Te he visto; te he escuchado. Mal. Cantabas y bailabas mal. Pero, no importa. Tú sabes que es verdad.

—No sé... Mal... Hay otras peores.

—Sí; eso es cierto. Peores... Y también cantan y bailan... Eres bonita, Tina... Muy bonita... Cantabas mal y no sabías bailar; pero siempre has sido muy bonita y tenías muchos clientes... ¡Pero artista! No hay artis-

tas ya, cuando no hay hombres; cuando no hay más que... eso. Tú y yo no debemos mentir con las palabras, cuando el alma nos dice la verdad. Todo es bajo, sucio, procaz...

—No sé de qué hablas... Mi marido...

—Tampoco has tenido marido, Tina... Si acaso, muchos maridos. Uno cada vez; uno cada noche...

—¿Qué dices tú? ¿Estás borracho...? ¡No me insultes!

—No te insulto, Tina. Digo la verdad. Esa cosa tan extraña y tan insólita que es la verdad; algo que nadie dice ya. Por eso te sorprendes. Tina... tú nunca has tenido marido... no eres artista, ni lo fuiste nunca. Tú eres una mentira más... una mentira bonita, pero...

—¿Y tú...? ¿Qué eres... tú?

—Yo tampoco soy artista, Tina... Yo tampoco soy... yo...

Una voz alegre interrumpe a la pareja.

—¿Cómo va la cosa? ¿No van a bailar?

César se incorpora y Tina pide un trago. César termina su vaso y decide marchar. Ti-

na ha pensado que era artista, y él pensó que era escritor... Tiene que ser. Ahora, es de verdad.

—Perdone, Don Fico... No me siento bien. Tengo que marcharme.

—¡Cómo va a ser! ¿Así, tan pronto? Acaba de llegar... Esto no ha comenzado todavía. Espérese. ¿Qué quiere tomar?

—Nada, nada. Muchas gracias. Ya tomé. Es que... ya le digo; no me siento bien.

—¿Quiere una aspirina...? Si quiere acostarse, arriba hay camas... ya sabe... con toda confianza.

—Muchas gracias, Don Fico. No es nada... nada serio. Le agradezco mucho...

Con paso vacilante, por la oscuridad, César marcha hacia la carretera. Se siente con fuerzas para seguir escribiendo. La decisión inicial, la más difícil, separarse de la fiesta, ya está en marcha. Ahora, no mirar atrás; no detenerse. La bulla de la gente va quedando lejos; la mentira repetida de los tragos; de la simpatía fingida; de las mujeres como Tina, que no saben siquiera lo que son, ni lo que quieren de la vida. Fiestas... Un marido

gringo, o turco, o lo que sea... Y unas grandes fotografías en colores, vestidas de artistas... Una imagen desvaída de lo que se ha sido; de lo que se quiso ser... del yo muerto para siempre... algo como la fotografía de un cadáver, que ni siquiera conocimos...

La idea obsesionante de la frustración vuelve a aprisionar a César. Aquel libro... su primer libro... ¿quedará así, para siempre? ¿Qué eres tú?; ¿qué eres tú? La interrogación de Tina se repite y las respuestas huyen... Estudiante... empleado en la Asamblea Nacional, Inspector de patentes comerciales... oficial de Correos... político... periodista... ¿escritor...? Muchos empleos; muchas profesiones... y ninguna... ¿Escritor? Con la obra dispersa, rota, diluída en revistas y periódicos. Crónicas, poemas, cuentos... así, siempre... Todo suelto, inasible... Como Alicia, como Silvia... y como Celia... y como la novela... ¿La novela? No. La novela, no. Por eso se ha alejado de la fiesta. Por eso se apresura para llegar a casa.

La proximidad de la carretera se anuncia por las luces de los automóviles que cruzan veloces hacia las afueras y hacia la ciudad. César marcha absorto. Sabe que la última cuartilla

quedó en blanco; sabe que intentó escribirla en el periódico y que cuando ya estaba en la máquina tuvo que redactar la lectura de un clisé, del clisé de una niña que cumplía quince años. Pero, ahora va a seguir. Quizá por Tina, que se cree artista, y que quizá se cree rubia porque en un tiempo se aclaraba el pelo con agua oxigenada. Quizá porque ha podido ver su propio engaño, como en un vidrio de aumento. La breve visita a la fiesta no ha sido infructuosa. En una chiva llegará en seguida...

* *

No sintió nada. Nada, hasta que se vió tendido en una camilla con la ropa puesta. A su lado, un médico de anteojos y una enfermera gorda, que daban vueltas muy activos. Una niña se había cortado un brazo y le cosían varios puntos. Una mujer, golpeada, al parecer, por su marido, le explicaba a un guardia entre sollozos lo ocurrido en la trifulca.

La enfermera mira a César, que parpadea deslumbrado por la claridad del Dispensario.

—¿Ya está bien?

—No sé. ¿Qué fué lo que pasó?

—¿No lo sabe...? Una chiva lo atropelló. Casi lo mata. Tiene un brazo roto. No se mueva.

—¿Un brazo roto?

—Sí. El izquierdo. No se preocupe. Se pondrá bien. ¿Puede declarar? Ahí están esperando.

—¿Declarar?

César siente ahora la punzada aguda del dolor y trata de quedar inmóvil. Pero lo que le preocupa es la novela y aquella página sin terminar. Pudo haber quedado así, definitivamente. Sí. La chiva... ¿Qué chiva? No recuerda nada. La fiesta... Fico... los amigos... Tina... Después, la carretera. Al llegar aquí, todo se interrumpe, como la cuartilla.

* *

Sentado al lado de una mesa, un guardia intenta redactar el parte.

—A ver... Explíquese mejor. ¿Cómo fué la cosa? Usted dice que venía...

Pancho titubea. Se siente mejor al saber que el hombre aquel no tiene nada grave y logra

ánimos para mentir un poco. No quiere decir que llevaba las luces apagadas, a causa de la batería. La batería estaba débil y había que andar con cuidado. Y una batería nueva cuesta mucha plata. Sí; es verdad. Llevaba las luces apagadas y el hombre aquel no pudo ver la chiva. Tampoco él vió al hombre cuando...

—Perdone...

—Que explique mejor cómo fué...

—Ya le dije... Yo venía por mi mano y muy despacio... Acababa de parar un poco antes para dejar un pasajero y de pronto se cruzó el señor. No pude verlo a tiempo. La suerte, que venía despacio; muy despacio. Yo no tengo ninguna infracción. Fíjese en la licencia...

El guardia da vueltas a la cartulina y concentra su atención en el papel que hay en la máquina. Teclea con lentitud y con torpeza. Se interrumpe otra vez.

—¿No andabas ligero...? ¿Y la luz? ¿Llevabas luz...?

Pancho se aferra a la primera pregunta para defenderse. Lo de la luz... si el hombre aquel lo dice, tendrá que confesarlo.

—Pero, señor... Si hubiera venido ligero, lo mato. Apenas lo toqué. Ya ve que no tiene nada.

—¿Nada? ¿Llamas nada a un brazo roto? ¿Te parece poco?

—Quiero decir, que...

Martínez, el chivero, aporta explicaciones nuevas, temiendo que Pancho complique su declaración.

—Mire, le digo. Yo venía detrás exactamente y pude ver bien lo que pasó. Lo que dice aquí, es la verdad. Ese señor debía estar en fuego, porque se tiró a la calle sin mirar...

El guardia le interrumpe.

—Tú sabes mucho.

—Si le digo que yo venía...

—Sí. Detrás.

—... y vi muy bien...

—Si venías detras, no pudiste ver nada. Y si venías delante, tampoco.

—Pero, si...

—Cállate ya. Que hable él.

Pancho vuelve a balbucir.

—Yo... No entiendo cómo fué que pasó esto. Es la primera vez... Tengo muchos años de manejar sin un solo accidente...

La noche avanza y al Dispensario llegan nuevos casos. La ambulancia parte con apremio atendiendo una llamada urgente, y a César lo trasladan.

—Sí. Al hospital. Hay que hacer radiografías para ver las costillas y otras cosas. Parece que no hay nada más que lo del brazo; pero hay que asegurarse.

La mujer de la paliza sigue sollozando y alguien informa al médico de turno.

—Ahí traen un cortado. Sangra mucho...

Los trámites se aceleran. César sigue para el hospital y el guardia escribe más aprisa.

—Háganse a un lado, por favor. No estorben el paso.

—Pues, le digo que ese hombre...

—No se queje tanto, que no le va a doler menos por eso. Y trate de estar quieto.

—¿Dónde vives?

—¡Ay, señor...! ¡Si el hombre ese...!

La mujer de la historia aburre al guardia, que bosteza mirando el reloj.

* *

—¡Pancho...!

—¡Yeyo...!

Con el pecho agitado y las anchas narices dilatadas, Yeyo mira alrededor.

—¿Cómo viniste...?

—Tin lo supo, no sé cómo... me lo dijo en la calle, y vine a ver.

—No es nada. No te preocupes. Pudo haber sido más. ¿Y Rosa?

—Está en la casa... No lo sabe, creo. Yo ví a Tin...

—Vete para allá. Yo iré después... Más tarde. Y no se preocupen.

Yeyo quiere hacer alguna cosa útil; ayudar a Pancho. Pero el sitio le intimida. Lo ha visto muchas veces. Siempre anda por allí vendiendo periódicos por la tarde. Pero, ahora, es diferente. Pancho está detenido. Hubo un atropello, y no sabe lo que pasó.

—Pero... ¿Qué fué?

—Nada, Yeyo. No le pasó nada.

Martínez aclara.

—Algo en un brazo. Nada. Y no tuvo la culpa. El hombre se tiró a cruzar la calle, y así fué....

Yeyo sigue vacilando. Piensa en Rosa y en los niños; piensa que Pancho puede quedar preso, y mira hacia los guardias con un poco de rencor. Yeyo quisiera regresar con Pancho, o quedarse allí con él.

—Anda. Vete ya para la casa. Te digo que no es nada.

El niño baja lentamente la rampa de cemento. Una ambulancia acaba de llegar. Otra mujer con heridas, a la que hay que sostener. Alguien resume escuetamente la noticia.

—Peleó con otra tipa. Se dieron duro; ya ven.

—Por un hombre, seguro.

—Quien sabe.

Martínez conversa con el chofer del taxi que llevó a la niña del brazo cortado y Yeyo le interroga.

—¿Usted estaba allí?

El chivero arroja al suelo la colilla y hace un guiño malicioso.

—Yo venía lejos; detrás. Vi la chiva de Pancho cuando se paró a recoger al hombre ese, y vine para acá en seguida. Yo voy a ir con él ahora para la guardia y decir los dos lo mismo. Si quieres, te llevo.

Yeyo titubea. Pancho le ordenó que fuera para casa; pero ahora teme que Rosa le regañe si regresa con pocas noticias. Y, además, no quiere dejar a Pancho solo.

—Vamos. ¡Apúrense!

El alacrán se pone en movimiento y Martínez se encarama ágil en la chiva.

—Sube ligero.

Yeyo trepa y se sienta, obediente.

Martínez sabe que la chiva de Pancho tiene débil la batería y maniobra con habilidad para empujarla al arrancar. Ningún guardia lo advierte y el hecho de llevar prendidas tan sólo las luces de estacionamiento, lo toman como una cortesía hacia el carro de la policía, que marcha adelante.

* *

LA CALLE OSCURA

Acostado en la camilla, César va hacia el hospital. La noche es fresca y clara, y el cielo, y las copas de los árboles, le ofrecen perspectivas nuevas. Se promete mirar con más frecuencia a las alturas y sólo le preocupa que le condenen a la inmovilidad. Nada le duele. La inyección aquella ha hecho sus efectos y siente una suave y grata somnolencia. Ahora, sí podrá pensar y meditar. Pensar en la novela, y pensar en Celia. Tiene que avisarla. Llegará muy pronto a verlo y le dejará, como siempre, una dosis de optimismo y la estela de un perfume. ¿De cuál? Si Celia no fuera tan honesta... Pero, entonces no sería Celia; sería otra. Herminia... aquella Herminia... o Silvia... o Alicia, que ahora anda por ahí, por cualquier parte... El pensamiento de Alicia le molesta y lo desvía. Hay ideas, a veces, que duelen tanto como las heridas, y no hay remedios para tal sufrimiento. Pero ahora tan

—¿Ya está mejor...?

—¿Cómo se siente...?

—Mañana le van a tomar unas radiografías. Duerma ahora. ¿Quiere alguna cosa?

César duerme y sueña con una imprenta. Pero no es la imprenta del periódico. Es otra. Es una imprenta enorme, con naves inmensas, donde se hacen libros; muchos libros. Millones de libros con tapas brillantes de colores vivos. Al mismo tiempo ve montones de cuartillas, ya todas escritas; paquetes de cuartillas; cientos, miles. A veces se interpone el rostro de Silvia con su cabello largo, en ondas rubias, y una cinta roja sujetándolo. Silvia sonríe con los ojos, con los ojos más verdes que nunca, y avanza hacia él. No. No es Silvia. Es Celia. Es Celia, de verdad.

—¿Tú...?

—¿Qué te pasó?

—¿Tú...? ¿Qué haces aquí?

—Casualidad... ya ves. Vine a ver a una amiga y de paso pregunté en el Dispensario. Ya sabes; la rutina del periódico. Me dijeron que te habían atropellado.

—No es nada.

—Me alegro. ¿Tienes la cabeza bien...?

Celia empieza con sus ironías, y César sonríe. Sí. Es la Celia de siempre.

—Dime algo, Celia.

—Nada te puedo decir ahora. Es tarde. Tengo que marcharme. Vendré a verte mañana.

—No te vayas todavía... Espera... Déjame mirarte.

—Pero, es tarde, te digo. Tengo que marchar. No es hora de visitas. Yo entré porque... Mañana vengo a verte. ¿Qué quieres que te traiga? ¿Te duele el brazo?

—No. No me duele. Me dueles tú... Me dueles tú, cuando te separas de mí, cuando me dejas... Es como si me arrancaran algo. Ya lo sabes.

Celia sonríe.

—Te pregunté si quieres algo.

—Tráeme papel y una pluma. Algo para escribir.

—¿Vas a seguir tu libro aquí...?

—No sé. Voy a escribir... A escribir sobre ti. Sobre mí...

—Eso no es muy original. De una manera, o de otra, siempre se escribe algo sobre uno mismo. Todo lo que decimos es siempre personal...

—Sí; es verdad. Pero esta vez...

Una enfermera se aproxima a otro paciente y mira hacia César con gesto de reprobación.

—Me voy. Quédate tranquilo.

Celia le acaricia con los ojos y se marcha con andar ligero. La falda de amplios vuelos se mece alegre como una campana que llamara a fiesta. César, como siempre, trata de encontrar en su mano la fragancia de ella. Es otro el perfume; pero basta para conservar viva su imagen y vivo el recuerdo de su piel de niño. Es este un recuerdo que palpita un poco entre los dedos. César vuelve a adormecerse.

* * *

La ciudad sigue girando en torno de sí misma. Celia conduce hacia su casa su automó-

vilito, ya viejo y deslustrado. A veces, como ahora, se siente culpable de no ser sincera, al repartir su afecto entre dos hombres. César y Harry, que la espera en casa, con los niños. Tiene que llegar pronto... El tránsito es intenso todavía. Delante del semáforo contempla las noticias luminosas que aparecen en lo alto de un edificio. "Washington.—El Presidente Eisenhower firmó hoy la Ley que..." Luz verde. Por un instante piensa detenerse a comprar lotería; pero no tiene donde estacionar el carro. Allí... por un momento, podría... Pasa un radio-patrulla y abandona el proyecto. Detrás, dos chivas. Dos chivas vacías... Van a prisa. Una de ellas casi la golpea. Celia piensa que una pudo ser la que atropelló a César. Porque fué una chiva. Estos chiveros... pobre gente... Pero, si hubieran matado a César... Celia se estremece un poco. No ha pasado nada grave. César está en el hospital y en casa esperan Harry y los dos niños.

* *

Martínez maniobra con habilidad detrás de Pancho. No quiere que tenga dificultades y que se llegue a descubrir lo de la batería. Y

Pancho debe estar preocupado, porque maneja con torpeza. Cerca de los cabarets casi choca con un carro de los pequeños; de esos carros que casi no se ven. Y entonces sí lo friegan en el Tránsito, sin tener en cuenta que la que manejaba el carro aquel era una mujer, y que las mujeres manejan mal siempre. Y si le quitan la licencia a Pancho... Martínez es buen compañero, y se preocupa.

Un guardia con casco brillante y rifle con bayoneta, se pasea de centinela. Más guardias por allí. Y radio-patrullas y dos alacranes. Unas escaleras de cemento y una sala. Detrás de una baranda, sobre una plataforma, unos hombres de uniforme escriben, hablan por teléfono y tratan de saber quien tuvo la culpa en un choque de dos carros.

—Yo salía para calle trece, y este señor...

—Salió sin mirar. Y tenía derecho a la vía...

El que habla parece un experto en esos menesteres. El guardia lo advierte y examina su licencia con cuidado.

—Bueno, y...

—Pues, como le digo...

—Pero, si yo...

El guardia los aplaca cortando la discusión.

—No sigan. Ya lo contarán después. Aquí sólo queremos los datos.

Martínez se impacienta al ver a Pancho sentado y abatido. Yeyo se ha quedado en la escalera y mira adentro muy atento. En el bolsillo de su pantalón siente el peso del dinero de los periódicos vendidos y recuerda que cambió un billete. Tiene allí más de un balboa; casi dos. Si sirvieran de algo para ayudar a Pancho, los daría sin vacilar. Al día siguiente vendería periódicos prestados. El “cabezón” podría ayudarle...

Yeyo advierte que Martínez y un guardia de los del radio-patrulla conversan apartados en voz baja y le llega un poco de esperanza. Pero, se desvanece pronto. El guardia se retira hacia allá adentro y Martínez vuelve a la escalera.

—No te quedes aquí. Andate a la casa.

—¿Y Pancho...?

—Pancho se va a tener que quedar aquí toda la noche. Hasta mañana, cuando menos.

Hay que ver cómo está el hombre, y lo que dice después.

—Pero...

—Anda a la casa; dile a Rosa lo que pasó, y que no se preocupe.

Yeyo baja la escalera lentamente. Sin darse cuenta de lo que hace, se agacha para recoger la tapa de una soda. Puede tener premio. ¿Otra soda? No tiene nada, pero la guarda. Los niños siempre guardan esas cosas, y Yeyo es niño.

Yeyo corre, pero tiene que detenerse. Está asustado y tiene miedo; y la fatiga y la opresión que siente siempre que se agita, es mayor ahora. La tos, una tos profunda y seca, le humedece los párpados. Por instinto se oprime el pecho con la mano, y siente el corazón latir. El corazón late muy a prisa y muy arriba, cerca ya de la garganta. Tiene que detenerse; pero la casa está lejos. Sigue; sigue sin mirar. Y, sin mirar, cruza las calles. No puede pasarle nada. Si no fuera así, los niños que venden periódicos caerían todos atropellados. Pero un carro se desvía bruscamente soltando una injuria y un alarido de bocina.

—Negrito del carajo. ¡Mira donde andas!

Yeyo sigue andando. Andando despacio. Tiene un gran cansancio y muchos deseos de cerrar los ojos. A pesar de estar la noche fresca, suda y las rodillas le tiemblan un poco.

Cerca de la casa, ve a Elvira, la maestra, que camina con otra mujer.

—¡Yeyo! ¿Qué haces por aquí, a estas horas?

Elvira se detiene y sigue interrogando con el gesto.

—Mi papá... Pancho... Está en el Tránsito. Parece que atropelló a uno con la chiva.

—Pero, lo... ¿Está grave el señor?

—No, maestra. No tiene nada, me dijeron. Pero no quieren soltar a Pancho.

—Mejor, que no haya sido grave. Me alegro; me alegro mucho. Vete a dormir. No te inquietes.

Yeyo siente otra vez la caricia de la mano aquella; la mano de la maestra, que le roza un poco la pelambre, y entonces puede respirar hondo.

—Bueno, maestra.

Elvira sigue andando sola hacia su casa, porque Alicia se le adelantó. Va sola, y pensando. Piensa en Yeyo, en los niños y en la escuela. Y en Rosa, que hace de mamá de Yeyo. Cuando fue a verla a la escuela, las dos se sorprendieron mucho de encontrarse en Panamá y de vivir tan cerca. Y surgieron en seguida los recuerdos de la Normal. El Director y la Subdirectora... y la gringa de la lavandería y los profesores todos, y el bullicio del comedor y el de los dormitorios, y los paseos por el pueblo y la Misa los domingos. El diálogo se anudó pronto, con preguntas y respuestas rápidas, atropelladas.

—¿Te acuerdas...?

—¡Claro, niña!

La placita, el quiosco, la tienda de la china y la refresquería de al lado, y el cine aquel con las bancas tan duras. Los uniformes de diario, blancos; los de gala con azul. Los colores de la Escuela. ¿Qué fué de las compañeras? La mayoría, de maestras. En Boquete, en Soná, en Remedios, en Taboga, en Arraiján... ¿Y tú...?

Las evocaciones son más fáciles que las confidencias. Pero Rosa arregla su relato. Unas

fiebres son explicación bastante para abandonar la Escuela. Y luego, el papá enfermo; el trabajo en casa. Después, a Panamá, con la tía, que quería ayuda en la tienda. Y un día conoció a Pancho.

—Sí. Me casé... Pancho era viudo, y su primera esposa tenía un niño... Yeyo, sí...

Elvira también tuvo que trenzar algunas invenciones adulterando la verdad, porque no hay nadie en el mundo que no tenga algo que ocultar a los demás, y hasta a uno mismo. Lo de Alicia es una sombra, después de su divorcio. Pero tiene influencia con algunos políticos. Por eso Elvira es maestra en Panamá. Por eso pudo salir del pueblecito aquel, cerca de Chame. Menos mal que a Elvira la olvidaron pronto y pasó a ser una cifra, un número tan solo, en un renglón de las planillas. Elvira Jiménez. Maestra.

Ahora, camino de su casa, Elvira piensa en todo esto. Y en Alicia, que parece despreciar cuanto respeta ella. Los niños, la escuela, la Normal... Y César... Alicia no puede sentir por César ni siquiera un poco de respeto. Fué su marido y, aunque no tuvieron hijos, vivieron juntos varios años. Es verdad que

Alicia es libre ahora... Pero, de todos modos, andar así, de fiesta en fiesta, sirviendo de entretenimiento a los políticos y a los señores importantes... Y César era bueno y tenía mucho talento. Elvira recuerda cuando Alicia se graduó en La Profesional. Era inteligente y estudiosa. En seguida empezó a trabajar en un Ministerio, y muy pronto se casó con César, que también era empleado del Gobierno. César era periodista y escribía versos, cuentos, y artículos sobre muchas cosas. Los versos eran muy raros, y alguna gente los ponderaba mucho, aunque no los entendieran. A veces, César y Alicia iban hasta Chame para bañarse en el río, o en la playa y allí César hablaba. Hablaba de todo... Elvira le veía en las vacaciones, cuando iban a Gorgona con un grupo de amigos. Y Alicia parecía contenta entonces. Una vez César comentaba que todos los bañistas tenían el mismo traje, y decía que en Panamá hay mucha afición por los uniformes. Uniformes en las oficinas, en las escuelas, en todas partes. Y como los señores de Panamá no tenían uniformes, inventaron los bomberos. Porque todos los señores de Panamá son bomberos. Bomberos para los desfiles de las fiestas patrias, para los entierros de los personajes, y cosas así. Porque hacía falta un unifor-

me para los señores. Elvira se reía y Alicia también. Parecían felices ella y César. Y un día se separaron. Elvira lo supo en Chame y supo también que Alicia había alquilado un cuarto para vivir sola y que había vuelto a trabajar para el Gobierno. Fué Alicia quien logró que nombraran a Elvira maestra en la capital. Maestra, sí. Un número en la planilla. Nada más. Elvira Jiménez... Y Rosa, la pobre... Tantos planes que hacía siempre...

* *

—¿Llegaste...? Creí que te ibas a quedar con el chiquillo ese. No te cansas nunca de esa gente.

—Es que... tú sabes...

—No sé cómo no estás harta. Si fuera por tu gusto, te traerías la escuela para la casa.

La aspereza de Alicia no es novedad para Elvira, que trata de explicar.

—Ese niño... Tú supieras...

—Si supiera... ¿qué?

—La mamá fué compañera mía en la Normal.

—¿Y qué tiene eso...?

—El papá es chivero... parece que atropelló a alguien y está preso.

—Una tragedia... un drama más. ¿Te gustan? A mí, no. Me bastan mis problemas... y me sobran.

—El niño es de mi escuela... Tú no comprendes...

—Lo que comprendo es que tú vas a ser maestra toda tu vida.

—Me gusta. Me gusta ser maestra, y me gustan los niños. Son mejores que la gente grande.

—Allá tú...

La conversación se cierra. Alicia se embadurna el rostro con una pomada grasienta y Elvira empieza a desvestirse. Y piensa en Rosa y en el niño. Y en el chivero, a quien ha visto alguna vez de lejos, y en el hombre atropellado. Luego, cierra los ojos y reza, sintiendo un poco de compasión de sí misma.

* *

Yeyo ve a Víctor desde lejos discutiendo algo en un grupo; pero entra apresurado por el

callejón, y sube la escalera hacia su cuarto. La puerta está abierta, y los niños duermen. Rosa no está allí. Yeyo sale al corredor y vuelve hacia la calle. Detrás de la rejilla del cuarto de Carmen, detrás de la cretona que sirve de cortina, hay una tenue claridad. Yeyo se asoma y oye hablar a Rosa.

—Sí; eso es verdad... no hay duda...

Rosa mira a Yeyo con gesto de sorpresa y algo de contrariedad por la interrupción.

—¿Llegó ya Pancho?

—No. No viene. Está en el Tránsito... Está preso...

“La Pichona” se oculta el rostro con la mano para tapar la sonrisa y el gesto de satisfacción, que no puede reprimir. Rosa se levanta inquieta y precipita los interrogantes.

—¿Qué fué lo que pasó...? ¿Dónde fué...? ¿Cómo lo supiste? ¡Habla, pues! ¡Di!

—Un hombre... Lo atropelló con la chiva... Pero no es nada. El hombre está bien. Pancho está en el Tránsito. Quedó allá con Martínez. Mañana lo sueltan.

—¿Cómo lo supiste...? ¿Por qué no me avisaste...?

—Me lo dijo Tin. Pasaba con la chiva y me vió... Yo fuí allá al Dispensario para ver... y luego fui al Tránsito con Martínez.

Rosa sale del cuarto de "La Pichona" sin despedirse. Detrás va Yeyo, pero Rosa no lo advierte. Ahora, Rosa piensa en Pancho. Piensa que puede quedar preso y que en casa no hay nada de plata. Piensa que debía ir a verlo; pero no puede dejar solos a los niños. Rosa piensa también en las cosas que le dijo Carmen, "La Pichona"; en las cosas que le dijo hablando en voz muy baja, acerca de los hombres. Y recuerda sus promesas, de que no se preocupara nunca.

Yeyo ve a Víctor y a Tin caminando por la acera. Tin ha estado muchas veces en el Tránsito y sabe mucho de las cosas de la policía.

—Tin...

—¿Qué hay...? ¿Soltaron a Pancho...? ¿Qué fué la cosa, por fin? A mí sólo me dijeron que lo habían llevado y por eso te dije...

—Pancho está preso. El hombre está en el hospital. Un brazo roto, creo. ¿Qué le harán a Pancho...?

Víctor se echa el sombrero hacia atrás con gana de terciar. Pero el chivero inicia la respuesta.

—No sé... la verdad. Depende. Pancho no tiene infracciones. Tiene la licencia limpia, creo. Depende de lo que declare el tipo... ¿Quién es él? ¿Cómo fué la cosa, que no sé bien?

—Está en el hospital... Dicen que andaba jumado. Martínez dice...

—Déjate de Martínez. Martínez no importa. Es lo que diga el hombre ese.

—Pero, Martínez lo vió...

—No lo creo. Martínez lo ve todo. Es buen compañero; eso, sí. Pero no le van a hacer caso ninguno. Lo que diga el tipo atropellado es lo que importa.

Víctor interviene; pero Yeyo no le escucha.

—Lo van a fregar, ya verán. Hay prejuicios y discriminación en todas partes...

Yeyo se decide, en camino a su casa. Lo que diga el hombre... Lo que diga... lo que diga...

—¿Tienes la plata de los periódicos?

—Sí. Aquí está.

Rosa se queda con el billete y guarda el resto en la cajita. Sesenta centavos, otra vez. Yeyo se acuesta en el suelo, como siempre. Lo que diga el hombre... lo que diga...

* *

Yeyo esta mañana no toma el café de Chana. La saluda, nada más y sigue hacia "La Estrella". La rutina de todos los días, de todas las mañanas. De regreso, la plaza de Santa Ana. Un hombre, con una manguera, moja el pavimento y riega las plantas. El Parado, el "Venecia", el Capri". Luego, a través de Calidonia, hacia la Copa. Esta vez hay muchos pasajeros; pero Yeyo reserva unos periódicos. Tiene que ir al hospital, aunque no vaya a la escuela. Tiene que ir al hospital y ver al señor aquel del atropello. Le llevará el periódico y, si está despierto, le dirá que Pancho es su papá. Tal vez sea un señor bueno. Pero es temprano todavía. Las campanas de Cristo Rey suenan a limpio. Son toques alegres, recién estrenados, y no hay, apenas, carros ni bocinas, que manchen sus sonos. El sol de la mañana, tibio y joven, enciende los jardines todos y las copas altas de los árboles. Las cole-

gialas de María Inmaculada empiezan a llegar y hay regueros de niños hacia otras escuelas. Varios vendedores ofrecen "La Estrella" a los automovilistas, que pasan veloces. Agitan el periódico con la mano libre y toreadan a los carros como toreros que acabaran de inventar las suertes de la lidia. Algunos autos se detienen y, por un real, siguen cargados de noticias. Se arregla lo de Alemania... Los ingresos aumentan...

Yeyo llega al hospital. Hay un letrero allí, muy grande. "No se admiten niños". Pero él no es un niño. Es un vendedor de periódicos, y ha entrado muchas veces. Y sabe donde están todas las dependencias. La cocina, con sus enormes plataformas sobre ruedas y su olor caliente y dulce. La jaula de madera de la telefonista, en un vestíbulo de mármol. Las oficinas.

—Perdone...

—¿Qué quieres...?

Ha tenido la suerte de encontrar un rostro joven que sonríe. Es una enfermera con la cofia blanca, el vestido blanco, almidonado, pulcro, sin arrugas. A Yeyo le llama la atención

que todas las enfermeras que andan por el pasillo se sujeten el vestido en la cintura con unas tijeras.

—Un hombre que trajeron ayer aquí del Dispensario... Lo atropelló una chiva. Tiene un brazo lastimado.

La enfermera revuelve unas hojas.

—Un brazo lastimado... ¿Fué ayer...? ¿Es tu papá...? ¿Cómo se llama...?

Yeyo espera ansioso y no contesta las preguntas. No sabe cómo se llama el hombre aquel, ni sabe quién és. No. No es su papá; pero tampoco Pancho es su papá. No puede explicarlo todo. Sería muy difícil.

—Un brazo... Un brazo... Aquí está. Sí. Ingresó ayer... César... Almeida. César Almeida. ¿Se llama así?

—¿Dónde está...?

—Arriba... En el ocho.

Gracias.

Por las anchas escaleras de cemento, Yeyo sube sin pensar en la fatiga. Ahora, a la derecha; luego, a la izquierda. Un médico le detiene y le compra una "Estrella". Le quedan dos, nada más. La sala... el ocho.

Sentado en la cama, César bebe el desayuno. No hay huevo frito, ni queso de Chitré. Café y pan, nada más.

—Señor...

Allí está el niño. El niño del "Caribe", que le ofrece el periódico. Hoy no está aquí el viejo Don Chú, y tendrá que comprarlo.

—¿Hasta aquí vienes a vender...?

—Quería decirle... Mi papá fué... fué el de la chiva que lo...

César se sorprende.

—¡Caramba! ¡Qué casualidad! Y... ¿qué querías...? No me lo digas... Ya lo sé. Te mandó él a decirme...

El gesto de Yeyo es convincente.

—No, señor. No me mandó. El no lo sabe. Vine yo, porque él está preso.

César se arrepiente de sus palabras y lamenta su falta de imaginación. Y pone más atención al niño.

—Y... ¿entonces...?

—Bueno... que... me dijeron que no lo castigaban hasta ver lo que usted dice... Mi papá no tuvo culpa...

fué lo que pasó...? César no lo sabe. Sólo sabe que había logrado separarse de la fiesta y que iba decidido a llegar a su casa y ponerse a escribir. Seguramente que cruzó la calle sin fijarse... Es verdad... El chivero no tuvo la culpa... Tiene razón el niño... Y... en todo caso, lo dirá así. A Celia le gustará su decisión. Sí. Celia se pondrá contenta, y el niño también, y el chivero y la familia, y todos. No puede dudar. Tal vez no llegue a escribir la novela que tiene empezada; pero podrá escribir otras. Y, sobre todo, podrá ver al niño aquel en el "Caribe", o por la calle, venderle un periódico con mirada amiga. Y eso vale más que un libro. Vale más que muchas cosas que mueven tanto afán... Ver contento a un niño; a un niño pobre, que tan pocas ocasiones tiene de sentirse así...

El chivero, no ha tenido culpa alguna.

